

Año LXXX

FEBRERO DE 1937

Núm. 3

---

# BOLETÍN OFICIAL

DEL

## OBISPADO DE CORDOBA



### SUMARIO

Carta Pastoral del Excmo. Sr. Obispo, al Clero y fieles de la Diócesis, con motivo del santo tiempo de Cuaresma.

CÓRDOBA

IMP. «EL DEFENSOR», AMBROSIO MORALES, 6.

AÑO LXXX



NÚM. III

# Boletín Oficial Eclesiástico

DEL

## OBISPADO DE CÓRDOBA

**Nos el Dr. D. Adolfo Pérez Muñoz,**

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE CÓRDOBA, PRELADO DOMÉSTICO DE SU SANTIDAD, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL Y DISTINGUIDA ORDEN DE ISABEL LA CATÓLICA Y DE LA CIVIL DE BENEFICENCIA, ETC., ETC.

**Al Excmo. Sr. Deán y Cabildo**

**de nuestra Santa Iglesia Catedral,  
al venerable Clero y Comunidades Religiosas  
y a los fieles todos de esta Diócesis,**

**SALUD Y PAZ EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO:**

*«Iustitia elevat gentem, miseros autem facit populos peccatum».*

La justicia engrandece las naciones, pero el pecado hace desdichados a los pueblos. (Prov. XIV, 34.)

**VENERABLES HERMANOS Y AMADOS HIJOS:**

No ha sido inmotivado el retraso en la publicación de nuestra acostumbrada «Carta Pastoral» de la santa Cuaresma. El estar tan reciente la que, en los comien-

zos del presente, año os dirigimos y teniendo conocimiento de los extraordinarios cultos que se estaban organizando en las parroquias de la ciudad, con multitud de tandas de «Ejercicios espirituales» en iglesias de Religiosos, para todos los distintos sectores de ella, extendiéndose este verdadero y consolador pleamar de medios de santificación a varios pueblos de la Diócesis, ha sido, en gran parte, la razón de esta deliberada demora, juntamente con la radiante ansiedad que sentíamos de hacernos oír de aquellos queridos hijos, con quienes no hemos logrado, todavía, comunicarnos por encontrarse en zonas dominadas por el enemigo.

Y ahora que podemos hablar, sin tanto temor de fatigaros, os haremos breves consideraciones, confiando en Dios, que han de ser provechosas a vuestras almas, que tan creciente interés nos inspiran y cuyo pasto ha de ser las verdades de nuestra fe, es decir Cristo mismo, en cuanto Verdad y Vida al mismo tiempo, incorporándose a las almas por medio de los santos sacramentos, singularmente por el *pan de vida*.

Queremos vaya por delante nuestra bendición de agradecido por esa esforzada labor cuaresmal que ha de hacer recordar a no pocos de nuestros amadísimos hijos, tantas verdades olvidadas y abandono de prácticas cristianas, pasando la vida en perpétuo marasmo religioso, *bebiendo la iniquidad como el agua* en deleites y placeres y huyendo de quienes les insinuaban, siquiera, la necesidad de hacer penitencia,

que ahora, con mayor razón que nunca, debe ser el tema obligado de pláticas y meditaciones, como lo fué también de las constantes exhortaciones de los grandes Profetas de Israel. No predicaba otra cosa en el desierto, con vibración ardiente de trueno y de relámpago, el gran Precursor Juan el Bautista; la exhortación a la penitencia fué el ariete con que los apóstoles derribaron la idolatría y convirtieron el paganismo a la fe cristiana; los mismos divinos labios de Cristo hicieron resonar en los montes y valles de Palestina el pregón de la penitencia y la amenaza de *perecer todos cuantos no la hicieren*.

Y repetimos que ha de dársele a este tema, en estas críticas circunstancias, la prelación en la explicación de la doctrina evangélica a los fieles, para hacer que se resuelvan a «quemar lo que adoraron y adorar lo que quemaron, convencidos de que aquella escandalosa depravación de costumbres que todos hemos presenciado en estos últimos tiempos, ha provocado sobre nuestra Patria los gravísimos e incalculables desastres que estamos lamentando, justo castigo por los pecados e ingraticudes públicas contra Dios que ahora, como siempre, ejercen imponderable influencia en el bienestar o desventura de las naciones.

Escuchad, si nó, V. H. y a. h., la enseñanza de aquel Rey a cuyo trono se prometió duración sempiterna, y su esplendor había de ser magnificado y engrandecido por el propio Mesías, en cuyo Reinado espiritual le había de suceder para no tener fin. Pues

bien, el Rey salmista traza rápidamente la historia de Israel, desde que sale de Egipto hasta que se posesiona de la tierra prometida, y, a la vez que con razones, arguye con hechos, y con los milagros asombrosos que la diestra de Dios multiplicó en favor de su pueblo escogido. Tales hechos comprueban cómo Israel, cuando se muestra fiel al Señor y cumple los mandamientos divinos, entonces abunda en bienes y le sucede todo prósperamente; por el contrario, cuando es desleal a su Dios, caen sobre Israel ejemplares castigos y terribles desastres. *Buscad al Señor—dice David—estad vigilantes a lo que os manda. Bienaventurados los pueblos que guardan los mandamientos y obran siempre conforme a su justicia.* ¿Requerís, V. H. y a. h., pruebas de esta máxima tan contraria a los postulados de modernos gobiernos laicos? Pues escuchad: David nos lo dice en los salmos 105 y 106, con rápida concisión y sublimes contrastes: Hizo Dios promesa a Abraham, Isaac y Jacob de bendecir su descendencia, multiplicando sus hijos como las estrellas del cielo y formando su pueblo escogido. Al crecer y multiplicarse, se extendieron por diversos países, establecieron trato con reyes y gentes diversas, pero llevando en su religiosidad profunda un sello divino, *nadie les causó el menor daño.* A tierna invitación del justo José entran en Egipto; Israel se multiplica y se engrandece. Egipto odia a los israelitas, los envidia y los somete a durísima servidumbre. Mas se apiada Dios y les envía un caudillo: Moisés. Quebrantando la dureza fa-

raónica con las siete plagas, Moisés libera a su pueblo y, a través del mar rojo, abre un camino seco por donde pasa Israel, mientras en el abismo de las olas quedan sepultados el ejército y los carros de Egipto; el paso por el desierto lo jalonan los milagros más asombrosos, la columna de fuego y la nube, el maná, las tablas del Sinaí, el torrente de agua que brota de la pequeña herida... todo lo ordena el Señor *para que guarden sus mandamientos*. Mas Israel desobedece a su Dios, murmura de Moisés y de Aarón, le hastia el maná, añora las cebollas de Egipto, se abraza con todas las aberraciones idolátricas y al pie del monte Horeb adora la figura de un becerro.

¿Dejará Dios sin castigo tamañas ingratitudes? No. Abrese la tierra y el fuego devora a los pecadores. Interpónese, orando, Moisés entre Dios y su pueblo para que no lo extermine; mas como perseveró en sus pecados, adorando los ídolos en Beelfagor, siendo juguete cada día de nuevas invenciones idolátricas, perecen por millares hombres y familias y se ceba, terrible sobre Israel, grandísimo estrago. A nuevas ingratitudes se agranda la cólera divina contra su pueblo y los entrega al poder de las naciones. Cuando se humillan, apiádase el Señor, mas por sus iniquidades vuelve a abatirlos... hasta que triunfa su misericordia; *los arranca de las tinieblas y sombras de muerte*, rompe sus cadenas y les colma de bendiciones en sus hijos, en sus reyes, en sus haciendas, en sus campos y en sus viñas. *Contemplan tan grande prosperidad*

*los justos y entonan himnos de alegría; los malvados la contemplan también, los carcome la envidia, los devora el odio, pero toda iniquidad cerrará su boca, porque justo es Dios cuando castiga el pecado y colma a los buenos de bendiciones sin número. Y el sagrado libro de los Proverbios cincelaré con luminoso relieve esta sentencia magnífica, síntesis de la providencia de Dios con las naciones y que debiera figurar por cabeza, en todos los códigos del mundo: La justicia es la que engrandece a las naciones, mientras que el pecado hace desdichados a los pueblos.*

Y siendo esto verdad, ¿cómo es que el hombre...? ¿cómo naciones y pueblos se arrojan inconsideradamente a la transgresión de los mandamientos de Dios y de su Santa Iglesia? Entre las muchas miserias que carcomen a la humanidad orgullosa y soberbia es esta, tal vez, la más lamentable y humillante, como quiera que inclinada a buscar el bien que es el fondo de cuanto apetece y desea, no obstante, vehemente y apasionadamente se abraza con el pecado que es su mayor mal. Y agrávase su desgracia, si consideramos la facilidad con que se peca y la muchedumbre de iniquidades que se cometen, las cuales no son sino grilletes y cadenas durísimas que sojuzgan el alma, de celeste prosapia y nobilísimo origen, a la más oprobiosa servidumbre.

Para que el hombre se degrade hasta tan miserable estado, menester es que el tumulto de sus pasio-

nes entenebrezca la lumbre de la razón. Y aún mayor influjo que la misma ignorancia ejerce sobre el ánimo la fatídica seducción del mal. Lo expresa maravillosamente el Apóstol San Pablo cuando dice que, habida cuenta de lo que le dicta la razón superior, se inclina gustosísimo a cumplir la ley divina, pero, añade: *siento rebelarse, en contra, la concupiscencia de la carne—ardor y frenesí maldito—que me cautiva bajo la servidumbre del pecado.*

Ved ahí, V. H. y a. h., al descubierto, rebelada por Dios en todas las páginas de la Escritura, la raíz profunda del pecado en el hombre. Insensato es negar la existencia del pecado; el pecado es un desorden moral que se imputa al hombre porque libre y voluntariamente desacata la ley de Dios que manda unas cosas y prohíbe otras. El pecado es consecuencia de esa decisión que se adopta en lo íntimo de la conciencia, por la que, hollando la ley divina, se yergue rebelde y díscolo el propio querer y se entroniza y rinde homenaje al mal. Es, en consecuencia, el pecado la gran desarmonía moral que culpablemente se introduce en el hombre y le mancha y le desordena y le hace reo ante Dios y le degrada y amengua sus facultades más nobles y turba la paz de la conciencia y roba la alegría y desata tan despiadada guerra interior que con nada, en lo humano, recobrará el pecador el sosiego perdido.

Oportunamente dice San Basilio que «las principales armas con que Satanás hace guerra al hombre, son

las propias concupiscencias, pues la demasiada afición a las cosas que deseamos, nos hace procurarlas a fuerzo o a derecho, y romper por todo lo que se nos pone delante, aunque sea prohibido por la ley de Dios; de donde nacen todos los pecados.»

El hombre, espíritu racional en cuerpo sensible, ser el más excelso entre los que habitan este mundo, por las bellezas y armonías que en el mismo resplandecen, el hombre que hollando con su pie la tierra mira con su frente elevada a los cielos y otea los horizontes infinitos; el hombre que delata en su mirada la divina belleza de su origen y la grandeza de sus destinos; el hombre, rey de la creación, que aspira a dominar la tierra, el aire y los mares; el hombre en quien destella el relámpago del genio y siente hervir en el pecho el anhelo profundo de la verdad y del bien, el hombre necesariamente está sometido a la ley moral. De Dios ha recibido el ser; El le ha dado su ley y El constituye su último fin, su destino y su esperanza.

Un celebrado pensador, cuyo nombre es bandera contra la Escolástica tradicional y que ha conmovido los más firmes ejes del supremo ideal cristiano, llegó, en momentos de sinceridad, a confesar sin rebozo: «dos cosas me llenan el alma de un respeto y de una admiración siempre crecientes: el cielo estrellado sobre mi cabeza y la ley moral en el fondo de mí mismo».

Mejor aborda el problema aquel filósofo que más allá y por encima del mundo físico, como base de lo que al exterior esplende, afirma la vigorosa realidad.

del otro, dando la primacía a la idea del bien que es el sol que le alumbra arrebatándole el ánimo a la contemplación de la belleza suma del Ser en sí, en que hacía consistir la felicidad suprema. Empapado en estos sentimientos y movido, a la vez, por la gracia, exclamaba—ya cristiano—San Agustín: «¡qué tarde te conocí, qué tarde te amé hermosura siempre antigua y siempre nueva!»

La lucha a que antes aludíamos, en que se toma partido por el bien o por el mal, por el acatamiento o por la conculcación de la ley divina, por el vicio o por la virtud, es siempre la resultante del amor que predomina en el hombre. Oid al mismo San Agustín: «¿quieres saber la calidad o linaje del amor que sientes en tí? Fíjate adonde te lleva. ¿Te lleva a Dios con toda la fuerza de tu alma? Entonces perteneces a la Ciudad de Dios, fidelísimo trasunto en la tierra de la patria celeste que nos espera. ¿No te lleva a Dios, sino al pecado? Eres, entonces, de Babilonia, donde bullen la gavilla de los malos que al pecado sirven y con el pecado se abrazan y el pecado será, su miseria suprema, su ruina y su castigo. Tardíamente habrán de confesarlo: «¡Al fin de la jornada, lo vemos claro, hemos equivocado el camino que conduce a la verdad!»

Y, en efecto, si el hombre ha recibido de Dios el ser, si Dios le ha señalado su destino, no se puede poner en duda que la ley moral existe en el hombre.

Esta verdad no es menos diáfana que la existencia de Dios, Supremo Señor y Legislador Supremo de

todo el orbe y, por consiguiente, de la criatura racional. Así que, por mucho que la barbarie o la corrupción de las costumbres soterren en la conciencia el grito constante de la ley moral, esta ley se yerque justiciera contra el pecado y, en nombre de una justicia severa e ineludible, le increpa, le acusa y le condena. No hay medio de acallar esa protesta. *Siempre suenan en los oídos del malo*—decía Job—*voces de temor y de espanto*, que son los clamores de la conciencia.

Acontece además que, así como cuando tropezamos en cualquier peligro, el escarmiento nos torna ávidos para no tropezar nuevamente; al contrario, cuando de pecado se trata, cometerle una vez es perder todo recato para cometerle nuevamente; es anular resistencias, es herir la voluntad y debilitarla, es embriagarse de un bebedizo maligno con que fácilmente caemos en una sima de sucesión de pecados, eslabonándose unos con otros, con lo cual se endurece y hace como incurable el corazón añadiendo siempre un pecado a otro pecado.

Y es que el pecado, por lo mismo que nos desvía de Dios,—nuestro último fin a quien deben enderezarse nuestras obras—nos somete al espíritu perverso, Satanás, contrario de Dios, y nos esclaviza a él con cadenas de la más tiránica servidumbre. En consecuencia, vivir habitualmente en pecado, es tener, en cuanto a la vida moral, «en el entendimiento tinieblas, en la memoria olvido, en la voluntad culpa y desorden

respecto a Dios, en los apetitos fuego maligno y desenfrenamiento, en los sentidos engaño y en las obras pecado y maldad».

Y así como Dios, por medio de sus mandamientos, provee al afianzamiento del orden divino, del orden individual y del orden social. por cuanto ellos regulan los deberes del hombre para con Dios, los deberes para consigo mismo y los deberes para con el prójimo y para con la sociedad; así, por el contrario, con el pecado se subvierte el orden divino, se subvierte el orden individual y se subvierte, también desde sus cimientos, el orden social. Cuando la sociedad experimenta esas conmociones, súbitas como el relámpago, terribles como la tempestad destructora de cuanto es fruto de civilizaciones seculares, como universal terremoto que hoy estalla en una nación, pero a todas amenaza, estad seguros, V. H. y a. h., que la sociedad ha pecado mucho, desbordando todos los diques de los mandamientos de Dios. Fijando la atención solamente en uno de los efectos enumerados arriba, decidme, ¿no es verdad que entre nosotros, el olvido de Dios había cundido en todos los órdenes sociales? ¿qué importancia se daba a las obligaciones que tenemos para con Dios? Los deberes religiosos que son los primeros y abarcan todo el hombre y forman un organismo vivo, como es viva nuestra fe, una, total e indivisible, rebotante de espíritu, de fuerza, de energía y de luz; esos deberes religiosos, ¿qué valor tenían para el hombre intelectual, para el hombre de

negocios, para las empresas, para los patronos y para los obreros? ¿qué valor se les daba en la estima familiar y social? ¿qué valor tienen aún para aquellos que no conciba la Religión, sinó como una policía de costumbres, mantenida en exterioridades sociales, al modo de aquellos fariseos hipócritas que por fuera adornaban los sepulcros, mientras hervían dentro podredumbre y gusanos?

Y en cuanto a los deberes individuales, decidme, ¿qué facultad espiritual o sensible no ha sido deshonrada por el pecado? Esta centella y lumbre de la inteligencia, nacida para ser señora y gobernar nuestros actos, ¿no ha sido prostituida por todos los lodazales y arrastrada, entre el tumultuoso frenesí de las pasiones, a los más inconcebibles abismos de perversión?

Y ¿qué hará Dios ante tantas iniquidades?

La respuesta la tenéis en el capítulo 28 del Deuteronomio, donde, en espíritu de profecía, nos describe, al detalle, lo que está sucediendo en nuestra querida Patria ¡España!

Dice así: *Si no quisieras oír la voz del Señor y guardar sus mandamientos, vendrán sobre tí las siguientes maldiciones: maldito serás en la ciudad y maldito en el campo, maldito el fruto de tu vientre y el fruto de tu tierra, y los hatos de tus bueyes y las manadas de tus ovejas. Traerá el Señor contra tí una gente de los últimos fines de la tierra, con tanta ligereza como el águila que vuela, cuya lengua no puedas entender; una gente desvergon-*

*zadísima que no guarde cortesía al viejo, ni tenga compasión del niño; la cual se trague el fruto de tus ganados y el fruto de tu tierra, de tal manera, que no te deje trigo, ni vino, ni aceite, ni bueyes, ni vacas, ni ovejas... hasta consumir todas tus ciudades y quedar destruidos tus muros altos y fuertes en los que tenías tu confianza.*

De manera que los asesinatos cometidos por el marxismo contra familias inocentes; la fiereza de instintos infrahumanos que no perdonan al anciano, a la doncella, al niño ni a su madre; las depredaciones y ensañamientos contra cosechas, ganados, construcciones o riquezas de todo orden ejecutadas por el marxismo, estaban previstas por el Sagrado libro, como consecuencia de no guardar los mandamientos divinos, o sea como venenoso y mortífero fruto del pecado.

Se comprende que la magnitud de la catástrofe nos aturda y no podemos abarcar su grandeza, ni expresar su acritud. Enloquecidos por lo incomprensible de los crímenes que cometen gavillas de desalmados que no tienen el más ínfimo sentimiento de humanidad, se oiga preguntar, ¿por qué permitirá Dios que se desborden tantos ríos de sangre, tantas depredaciones y sacrilegios, tantas ruinas?, *con razón padecemos porque hemos pecado*; ¿quién, en efecto, puede imaginar el dolor de innumerables familias? La cruel y forzosa separación de esos seres queridos, ¡cuántas inquietudes y congojas no despierta! Pero, ¿quién dirá el es-

panto de las desdichadas regiones dominadas por las hordas rojas ¿Salteadores y feroces asesinos, en hora aciaga arrancaron al joven de los brazos de sus padres, al esposo bueno de los brazos de su esposa, y las víctimas se cuentan por millares. Damas y matronas dignísimas, piadosas doncellas y sagradas vírgenes han sido deshonradas e injuriadas. Vieron algunas madres cómo el cuchillo despiadado hendía el cuerpo de niños inocentes; contemplaron los prisioneros cómo maltrataban a sus deudos porque derramaban lágrimas de conmiseración por su desgracia: y cuando, formados en pelotón, las víctimas eran cruelmente asesinadas y mutiladas, una muchedumbre heterogenea, con feroces alaridos e instintos de hiena, insultaba con denuestos a los que morían o presenciaban impasibles cómo caían al fondo del mar, atadas las manos a la espalda... y leyendo o escuchando tales horrores y aberraciones, sube unánime a flor de labio, esta frase: no se conoce porque no existe, precedente de esto en la Historia, ni parecido.

Oid, V. H. y a. h., cómo se expresa San Jerónimo, a punto de morir, cuando describe el diluvio de calamidades que cayeron sobre el Imperio Romano, en Oriente y en Occidente. No vamos a copiar más que unas líneas por no alargarnos demasiado. «Las matronas y las vírgenes del Señor y lo más linajudo de la nobleza romana fué ludibrio de la pezuña de estas bestias que las pisotearon. Aprisionaron a los Obispos, colmándoles de injurias y vilipendios; asesinaron a los

sacerdotes, destruyeron las iglesias, convirtiendo los altares de Cristo en establo de sus caballos. La Ciudad, que fué capital del mundo, pasó a ser sepulcro del pueblo romano.»

¡Cuánta semejanza tiene con la presente desolación nuestra, este cuadro horripilante que pinta San Jerónimo de la invasión de los bárbaros! Y si algo faltara, Possidio, que recogió el último suspiro de San Agustín, mirad cómo completa el cuadro de desolación que presenció, desde Hipona, en la espléndida y riquísima región del Africa romana: «Hordas de salvajes, bandidos y salteadores de granjas, meroreadores de fincas y graneros de católicos, al grito de ¡loado sea Dios! saqueaban campos y almacenes, dedicándose después, en compañía de histéricas y frenéticas mujerzuelas, a prender y despedazar católicos e incendiar casas, iglesias y conventos.»

Como veis, la originalidad de los malvados marxistas no es muy grande, como quiera que también, en la caída de Occidente, para poder huir ricas familias y llevar sus tesoros en las naves, habían de pagar, previamente, fuerte tributo a los jefes del territorio de donde partían, pero nuevamente les exigía crecida suma el que les admitía en su provincia, como lugar seguro, husmeando bien pronto su albergue bandas de sicarios, que caían sobre ellas, depredaban sus casas y, después de robarles el oro, los mutilaban bárbaramente.

Y bien, V. H. y a. h., entristecidos, de cara a esta

escena escalofriante, preguntáis: ¿qué nos queda que hacer? La respuesta no puede ser más terminante, ni más autorizada porque es Dios mismo quien la da: *Volvéos a mí y yo me volveré a vosotros*, que es, precisamente, uno de los principales fines que El persigue cuando nos visita y avisa con tribulaciones. Volvemos a Dios, amadísimos hijos y, si ya lo estuviéramos, acercarnos y estrecharnos más y más, pues, para el corazón dolorido, la aproximación a Dios *trae consuelo en la noche de los dolores*. Y en los reveses, *Dios es fortaleza del ánimo*, como es, en las tristezas y abatimientos, reparo y alegría del semblante ensombrecido.

Este es el camino a seguir, no pensando que tales castigos con que amenaza Dios y que permite sobrevengan en determinadas épocas a los pueblos, se ordenan a la destrucción de las naciones. ¡No! Se ordenan precisamente a que resplandezca la misericordia divina sobre los que, humillando su corazón, se convierten, transformándose de la injusticia del pecado a la justicia propia de los hijos de Dios.

¡Oh! ¡qué incommovible seguridad se siente cuando, al pie del Sagrario y a la luz de las enseñanzas del Evangelio, consideramos los luctuosos acontecimientos presentes! Nuestra pobre razón natural no acierta a ver sino miserias, cataclismos y ruinas; pero con la luz de la fe sabemos que Dios consiente y ordena,—buscando siempre nuestro bien—, tan terribles castigos, y este que ahora sentimos es, a no dudarlo,

corrección paternal que entra en los planes de su adorable providencia para que su hija y madre nuestra ¡España! se salve del diluvio de sangre que amenaza anegar al mundo entero.

Y se salvará, si conscientes de nuestro deber, hacemos las paces con Dios por medio de la penitencia saludable de nuestros pecados, acometiendo, radicalmente, sin titubeos, indecisiones, ni falsías, la verdadera reforma de nuestras costumbres públicas y privadas,

Es la única solución del arduo problema que traemos entre manos, porque las soluciones que planean los sistemas de filosofía humana en presencia de estas crisis nacionales de tanto volumen, aparte de otros inconvenientes no pequeños, son robadoras de la esperanza y amargamente pesimistas. La reacción natural del hombre ante la desgracia individual o colectiva, es de repulsa terriblemente huraña y, al propio tiempo que gesto de que la desgracia nos mortifica, es paladina confesión de impotencia para remediarla. Todo, porque se prescinde de Dios, se abandona el gobierno del mundo a fuerzas ciegas y fatalismos implacables; porque se coloca en primer plano la materia y se arrinconan el espíritu; y acontece lo de la estatua bíblica de gigantescas proporciones y preciosa factura, pero que por sostenerse sobre pies de barro, se derrumbó, al menor golpe, por su propio peso.

De ahí que la Iglesia, en los grandes procesos de salvación social, atiende primeramente a la reforma in-

terior; oid lo que decía San Pablo a los fieles de Efe-so: *Erais, a un tiempo, tinieblas, mas ahora sois luz. Proceded, por tanto, como corresponde a los hijos de la luz, pues los frutos de la luz se manifiestan en todo género de bondad, de justicia y de verdad.* O como el mismo Apóstol escribe a los Filipenses: *Habéis de estar colmados de frutos de justicia por Jesucristo.* Es decir, que la base de la reforma debe ser siempre la justicia interior. Por eso, hay que ir, fundamentalmente, a rehacer y cristianizar la vida, inyectándole el espíritu sobrenatural, del que tan necesitada se halla, y esto no se logra de otra forma que volviendo, con sincero arrepentimiento, a la casa paterna en mala hora abandonada.

Cuando esa renovación invade los senos del alma, todo se renueva y santifica, convirtiendo nuestro corazón en una abrasadora hoguera de fe, de piedad, de mortificación y de sacrificio, y rotas todas las amarras terrenales y libres de pasiones bastardas y sentimientos mezquinos, abrazarnos con alma y vida a la santa cruz, bandera de nuestra creencia, escudo de la adversidad y luz de nuestro camino, aprovechando la ocasión propicia que nos brinda esta Cuaresma—dolorosa sin par—para acentuar nuestra fe, robustecer nuestra piedad, intensificar nuestro fervor y depurar nuestra religiosidad haciéndola más cristiana, que es como decir, más del cielo y menos de la tierra, más del espíritu y menos de la carne, más pura y menos sensual, más abnegada y menos interesada, o sea, menos

material y más sobrenatural, desbordándose, como benéfico raudal, sobre todas las actividades humanas.

El profeta Isaías *invita al pecador a que abandone sus caminos de iniquidad, que luche contra sus depravados pensamientos, y que se convierta a Dios, refugiándose en su misericordia porque es grandemente propicio al perdón.* Y en otra parte añade: *Arroja tus preocupaciones en el amoroso corazón de tu Dios, quien no permitirá que dure mucho la persecución del justo y a los perversos les hará caer en el pozo de la muerte.*

Cuando meditábamos sobre los medios extraordinarios de santificar la presente Cuaresma, se nos ocurrió el tan conocido de «La Misión», del cual desistimos, considerando que el mejor misionero es la guerra de tan trágicas facetas que—aliada con Dios—está sosteniendo España en defensa de la civilización del mundo, y a quien este terrible azote no le haga entrar dentro de sí, *ya está juzgado.*

No permita el amor misericordioso de Jesús que a los duros sufrimientos que nos traen las horas oscuras de cada día que estamos viviendo, tengamos que añadir la acerbísima pena de ver que hijos nuestros sigan en su criminal tibieza, reacios a lavar sus almas en la saludable piscina de la penitencia y hayamos de devorar la amargura de que en momentos, como los presentes, de responsabilidades tan espantosas, haya ovejas, confiadas por el Señor a nuestra solicitud pastoral, que permanezcan apartadas del redil de Cristo, privándose

con su alejamiento de la más grande de las venturas, que es la amistad de Dios, y pudiendo decirse, al oírles clamar con el pueblo judío: *no queremos que reine sobre nosotros*, que en ellos se ha perdido el fruto de la guerra, pues sabido es que contra eso, de vivir a espaldas de Dios, está combatiendo España en la ensangrentada lucha que tan gloriosamente sostiene y de la cual se ven ya alborar, en deleitable perspectiva, los suaves esplendores del arco iris del triunfo.

Así sea y recibid, V. H. y a. h., la bendición que os damos en nombre del Padre † y del Hijo † y del Espíritu Santo †. Amén.

Córdoba, Dominica primera de Cuaresma, de 1937

† **Adolfo**, OBISPO DE CÓRDOBA.



Léase a los fieles esta «Carta Pastoral».